

833
S.

2Q 2401

D 28

LA PRESENTE TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS
DAMAS VERDES

I

LOS TRES PANES

Encargado por mi padre de una misión muy delicada, me dirigí, en los últimos días de Mayo de 1788, a la residencia de Ionis, situada a unas diez leguas en la campiña, entre Angers y Saumur.

Tenía yo entonces veintidós años y ejercía ya la profesión de abogado, por la que no sentía gran afición, aunque

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

ni el estudio de los negocios ni la oratoria hubiesen ofrecido para mí serias dificultades. Teniendo en cuenta mi edad, no se me encontraba falto de talento; y el de mi padre, abogado famoso en su localidad, me aseguraba una brillante clientela para el porvenir, a poco que me esforzase en no ser muy indigno de reemplazarle. Pero yo hubiera preferido las letras, una vida más soñadora, un empleo más independiente y más personal de mis facultades, una responsabilidad menos sometida a las pasiones y a los intereses de los demás.

Hallándose mi familia en buena posición y siendo yo hijo único, querido y mimado con exceso, hubiera podido elegir una carrera a mi gusto; pero esto hubiera afligido a mi padre, que se enorgullecía de su competencia para dirigirme por el camino que me había trazado de antemano, y yo sentía por él demasiada ternura para obsti-

narme en hacer prevalecer mis instintos sobre sus deseos.

Era deliciosa la tarde en que daba fin a este paseo a caballo a través de los bosques que rodean la antigua y suntuosa residencia de Ionis. Iba bien montado, vestido como un caballero, con cierto refinamiento, y me acompañaba un criado que no me hacía ninguna falta, pero que mi madre había tenido la inocente vanidad de darme para el caso, deseosa de que su hijo se presentase decorosamente ante una de las más ilustres personas de nuestra clientela.

La noche se iluminaba delicadamente con el suave fulgor de sus mayores estrellas. Un poco de bruma velaba el centelleo de esas miríadas de astros secundarios, que como otros tantos ojos ardientes parpadean durante las noches claras y frías. Ofrecíase en ésta un verdadero cielo de verano, puro hasta ser luminoso, pero transparente

y velado para no asustar por su infinita riqueza. Era, si así puede decirse, uno de los suaves firmamentos que permiten pensar aún en la tierra, admirar las líneas vaporosas de sus horizontes estrechos, respirar sin desdén su atmósfera de flores y herbajes, decirse, en una palabra, que se es algo en la inmensidad, y olvidar que no se pasa de ser un átomo en el infinito.

A medida que iba acercándome al parque señorial, los perfumes silvestres del bosque se impregnaban en los de las lilas y acacias que inclinaban sus cabezas florecientes por encima de la pared que cercaba el recinto. No tardé en ver brillar a través de los árboles las ventanas de la residencia tras de sus cortinas de moaré violeta cortadas por los grandes cruceros negros de la arquitectura. Era un magnífico edificio de estilo renacimiento, una obra maestra de gusto y de capricho, una de esas moradas en las que el visitante se en-

cuentra impresionado por un no sé qué de ingenioso, de elegante y de atrevido, que desde la imaginación del arquitecto parece pasar a la suya, apoderándose de ella para elevarla por encima de las costumbres y de las inquietudes del mundo positivo.

Confieso que al dar mi nombre al lacayo que debía anunciarme, sentía latir con fuerza mi corazón. Nunca había visto a la señora de Ionis. Pasaba por ser la mujer más hermosa de la comarca; tenía veintidós años y un marido que, ni guapo ni amable, la descuidaba para entregarse a los viajes. Su letra era encantadora, y sabía mostrar en sus cartas de negocios no sólo una gran cordura, sino también mucho talento. Era, además, un carácter muy noble. Esto es todo cuanto sabía yo de ella; más de lo suficiente para conservar el temor de parecer torpe y provinciano.

Creo que debía de estar muy pálido al entrar en el salón.

Y de aquí que mi primera impresión fuese como de alivio y placer al hallarme en presencia de dos mujeres viejas, gordas y bastante feas, una de las cuales, la señora viuda de Ionis, me anunció que su nuera se encontraba en compañía de una amiga en una residencia cercana, y que no regresaría probablemente hasta el día siguiente.

—Lo que no me impide darle a usted mi bienvenida—añadió esta matrona;—tenemos mucha amistad con su señor padre y le debemos mucha gratitud; parece que nos hacen gran falta sus consejos, que usted, sin duda, tiene el encargo de transmitirnos.

—Venía de su parte para hablar de negocios con la señora de Ionis...

—Efectivamente, la condesa de Ionis se ocupa en los negocios—replicó la viuda, como para advertirme que acababa de cometer una grosera equivocación.—Tiene buena cabeza, sabe lo que se hace, y en ausencia de mi hijo, que

está en Viena, ella es quien prosigue este enfadoso e interminable pleito. No debe usted contar conmigo para reemplazarla, porque no entiendo una palabra de nada, y todo cuanto puedo hacer es retenerle aquí hasta el regreso de la condesa, ofreciéndole nuestra propia cena y una buena cama.

Dicho lo cual, la anciana señora, que a pesar de la pequeña lección que acababa de darme, parecía una buena mujer, llamó y dió sus órdenes para mi instalación. No quise comer, pues había tomado mis precauciones durante el viaje y sabía que nada hay tan molesto como comer solo a la vista de personas que no nos conocen.

Habiéndome dado mi padre un plazo de varios días para el desempeño de mi misión, no podía hacer otra cosa mejor que esperar a nuestra bella cliente, y era yo para ella, como para su familia, un mensajero muy útil que tenía derecho a la más cordial hospitali-

dad. Así pues, no me hice de rogar para quedarme allí, aunque no faltase en las cercanías una posada bastante confortable en donde las personas de mi condición aguardaban, ordinariamente, la oportunidad de conversar con la nobleza. Tal era aún el lenguaje de las provincias en aquella época, y convenía apreciar sus palabras y su valor para mantenerse en su lugar en las relaciones con la buena sociedad, sin bajeza ni impertinencia. Siendo burgués y filósofo (no se decía aún demócrata), no estaba en manera alguna convencido de la superioridad moral de la nobleza. Pero aunque ésta alardease igualmente de filosofía, sabía yo que era preciso no herir sus susceptibilidades de etiqueta y respetarlas para hacerse respetar también por ella.

Sentía, pues, un poco de la timidez pasada, y tan buen tono como el que más, porque en el despacho de mi padre había podido ver ya muestras de

todas las clases sociales. La viuda pareció notarlo pronto, acogiendo sin violentarse al hijo del abogado de la casa, si no como a un igual, por lo menos como a un amigo.

Mientras conversaba conmigo, con la soltura de una mujer que, a falta de ingenio, posee el hábito del trato, me dió lugar a examinarla, así como a la otra matrona, más gruesa aún, y que, sentada a alguna distancia, se ocupaba en llenar el fondo de un trabajo de tapicería, sin despegar los labios y mirándome apenas. Vestía, a poca diferencia como la viuda, traje oscuro de seda, mangas ajustadas, toquilla negra de encaje puesta por encima de un gorro blanco y anudada bajo la barbilla. Pero todo ello menos limpio y menos nuevo; sus manos eran también menos blancas, aunque no menos regordetas; su tipo más vulgar, sin que por esto dejase de acusarse claramente la vulgaridad en los rasgos groseros de

la voluminosa viuda de Ionis. En una palabra, no dudé ya de su condición de señorita de compañía cuando, con motivo de mi negativa a aceptar la cena, le dijo la viuda:

—No importa, Ceferina, no olvidemos que el señor Nivieres es joven y que puede volver a sentir apetito en el momento de dormirse. Hágame llevar a su cuarto una cena fría.

La monumental Ceferina se levantó; era tan alta como gruesa.

—Y sobre todo—le dijo su señora en el momento en que iba a salir,—que no se le olvide el pan.

—¿El pan?—dijo Ceferina con una voccilla ligera y velada que formaba un divertido contraste con su estatura.

Y luego repitió:

—¿El pan?—con entonación bien marcada de duda y sorpresa.

—¡Los panes!—respondió la viuda con autoridad.

Ceferina pareció vacilar un momen-

to y salió; pero su señora la llamó de nuevo para dirigirle esta extraña recomendación:

—¡Tres panes!

Ceferina abrió la boca para contestar, alzó ligeramente los hombros y desapareció.

—¡Tres panes!—exclamé yo a mi vez.—Pero ¿qué apetito supone usted que no se olvide el pan.

—¡Oh! eso no es nada. ¡Son muy pequeños!

Hubo un instante de silencio. Yo buscaba vagamente algo que decirle para reanimar la conversación hasta el momento en que tuviese el derecho de retirarme, cuando, dominada al parecer por cierta irresolución, alargó la mano hacia el mango de la campanilla y se detuvo para decir, como hablando consigo misma:

—¡Tres panes, sin embargo!...

—Mucho es, efectivamente—continé yo, reprimiendo un fuerte impulso de soltar la carcajada.

Miróme sorprendida, sin darse cuenta de que había hablado en voz alta.

—¿Se refiere usted al pleito?—dijo como para hacerme olvidar su distracción: — ¡es mucho lo que nos reclaman! ¿Cree usted que lo ganaremos?

Pero sin prestar gran atención a mis respuestas evasivas, se decidió a llamar; vino un criado, a quien preguntó por Ceferina. Volvió Ceferina, a quien habló al oído; después de lo cual pareció tranquilizada, y se puso a charlar conmigo como una amable comadre muy corta de alcances, pero benévola y casi maternal, preguntándome sobre mis gustos, carácter, amistades y diversiones. Híceme más joven de lo que era, para ponerla a sus anchas; pues no tardé en notar que era de esas mujeres de la buena sociedad que han sabido pasarse sin una gran inteligencia y no necesitan encontrar mayor talento en los demás.

Era, en una palabra, tan sencilla, que

no me aburrí mucho durante la hora que pasé en su compañía, y pude esperar sin gran impaciencia el permiso de dejarla.

Un criado me condujo a mis habitaciones; porque nada faltaba allí: tres salas muy hermosas, muy grandes y muy lujosamente amuebladas en estilo Luis XV antiguo. Mi propio criado, a quien mi buena madre había enseñado la lección, estaba en el dormitorio esperando el honor de desnudarme, a fin de parecer tan instruído de sus deberes como los criados de casa grande.

—Perfectamente, mi querido Bautista—le dije al encontrarnos solos,—pero puedes irte a dormir. Me acostaré yo mismo y me desnudaré en persona, tal como lo he hecho desde que estoy en el mundo.

Bautista me deseó una buena noche y me dejó. Eran sólo las diez. No tenía el menor deseo de dormir tan pronto, y me dispuse a examinar los mue-

bles y cuadros de mi salón; pero tropezó mi vista con la cena fría que me habían servido en mi cuarto, junto a la chimenea, y se me aparecieron en una misteriosa simetría los tres panes.

Eran pasablemente abultados, y estaban colocados en el centro de una bandeja de laca, en una bonita cesta de porcelana de Sajonia, con un hermoso salero en medio y tres servilletas de damasco alrededor.

—¿Qué diablos hay en el arreglo de esta cesta?—me pregunté—¿y por qué el pan, este accesorio vulgar de mi cena, ha atormentado de tal modo a mi buena amiga? ¿Por qué ha encargado con tal precisión que me pusieran tres panes? ¿Por qué no cuatro, por qué no diez, si es que me toman por un ogro? Y en resumidas cuentas, la cena es abundante, las botellas de vino ostentan rótulos que prometen mucho; pero ¿a santo de qué poseo tres jarras de agua? He aquí una cosa que

va siendo misteriosa y rara. ¿Se figurará esa buena señora que soy triple, que me he traído dos convidados en la maleta?

Meditaba aún sobre este enigma, cuando llamaron a la puerta de la antecámara.

—¡Adelante!—exclamé sin moverme, creyendo que Bautista había olvidado alguna cosa.

Pero ¡cuál fué mi sorpresa al ver aparecer en gorro de dormir a la poderosa Ceferina, con una palmatoria en la mano y un dedo sobre los labios, acercándose a mí cautelosamente con la visible pretensión de no hacer crujir el entarimado bajo sus pasos de elefante! Ciertamente, hube de ponerme más pálido de lo que lo había estado al prepararme para comparecer ante la joven señora de Ionis. ¿Con qué terrible aventura debía de venir a amenazarme aquella voluminosa aparición?

—No tema usted nada, caballero—

me dijo ingenuamente la solterona, como si hubiese adivinado mi terror; venía a explicarle la rareza... las tres jarras... ¡y los tres panes!...

—¡Ah! con mucho gusto—respondí ofreciéndole un sillón;—estaba justamente muy extrañado.

—Como ama de llaves—dijo Ceferina negándose a sentarse y sin abandonar su palmatoria, sentiría mucho que el señor supusiera que esto era una broma mía. No me permitiría yo... Y sin embargo, vengo a rogar al señor que la secunde para que no se disguste mi dueña.

—Hable usted, señorita Ceferina; no soy capaz de enfadarme por una broma, sobre todo si es divertida.

—¡Oh! Dios mío, no, señor; no tiene nada de divertida, pero tampoco tiene nada de desagradable. Se trata de lo siguiente: La señora condesa viuda es muy... tiene una cabeza bastante...

Ceferina se detuvo de golpe. Quería

o temía a la viuda y no podía decidirse a criticarla. Su embarazo era cómico, pues se traducía en una sonrisa infantil que levantaba las comisuras de una boquilla desdentada, lo cual parecía añadir anchura a su cara redonda y mofletuda, sin frente ni barbilla. Hubiérase creído ver una luna llena haciendo mil gracias y poniendo la boca en forma de corazón, como en los almanaques belgas. Su vocecilla ahogada y su pronunciación gutural acababan de hacerla tan inverosímil, que no me atreví a mirarla de frente por el temor de perder mi seriedad.

—A ver—le dije para animarla a continuar sus revelaciones:—¿la señora condesa viuda es un poco quisquillosa, un poco burlona?

—¡No, señor, no! es muy franca; pero cree... se imagina...

En vano buscaba yo lo que la viuda podía imaginarse, cuando Ceferina añadió con esfuerzo:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO